



lunes 13 de octubre de 2003

Opinión - Colaboraciones

LOS ECONOMISTAS Y LAS CULPAS

Por CARLOS RODRÍGUEZ BRAUN Catedrático de la Universidad Complutense

HE detectado en las últimas semanas, entre las elogiosas evocaciones de Salvador Allende, el regreso de un viejo argumento: las culpas de los economistas chilenos que colaboraron con la dictadura de Pinochet. Dos condiciones contribuirían a la solvencia de este argumento: criticar también al gobierno de Allende, lo que muy pocos hacen, y extender las culpas a los economistas que colaboraron análogamente con otras dictaduras, lo que no hace nadie.

La economía ocupa ahora un primer plano en la ponderación del Gobierno de la Unidad Popular, puesto que los propios izquierdistas admiten que en ese capítulo no se hicieron las cosas bien, y se apresuran a situar allí las causas del golpe, aunque subrayan la responsabilidad de las multinacionales y el imperialismo yanqui.

La política económica de Allende fue, en efecto, terrible, entre el control de precios (que sabemos al menos desde Diocleciano que desemboca en escasez, pobreza y mercado negro) y la hiperinflación. Por cierto, no he leído que se pidan responsabilidades y autocritica a los economistas de Allende. Pero la economía no es todo en la vida, y el reconocimiento de los propios allendófilos en este campo es una diestra táctica que se concentra en el vulgar materialismo y elude una consideración más profunda: Allende pretendió arrastrar a Chile hacia el socialismo totalitario. Fue eso, y no sólo una disparatada política económica antiliberal, lo que llevó a la mayoría de los parlamentarios y ciudadanos chilenos a clamar por la intervención militar. Por supuesto que hubo empresas que colaboraron, y por supuesto que también lo hizo el gobierno norteamericano: eran tiempos de la Guerra Fría, y la cercanía del Gobierno de Allende a grupos radicales está documentada; no caigamos en la ingenuidad de creer que sólo los militares golpistas conspiraban internacionalmente. Ahora bien, la deslegitimación de la Unidad Popular se debió a sus propios desmanes y a la reacción que provocaron en el pueblo chileno, que comprobó que la democracia estaba gravemente herida por obra de Allende bastante antes del golpe de 1973. (Entre paréntesis, muchos que idolatran a Allende recelan de Estados Unidos en la guerra contra el terrorismo, y son los mismos «pacifistas» que nos decían que el comunismo no era tan malo, y que el verdadero peligro estaba en la OTAN).

Volvamos a los economistas. De momento, ya hemos visto que los autores intelectuales de los desastres económicos de Allende brillan por su ausencia inocente, lo que es ridículo. Reconocer sus deficiencias y su connivencia con un mal Gobierno no significa pasar a adorar a Pinochet, ni mucho menos, pero lo cierto es que casi nadie dice que el gobierno de Allende fue pésimo.

Llega Pinochet y con él los infames economistas de la escuela de Chicago. Así

como el pensamiento único ha pasado de puntillas por los economistas de Allende, a los de Pinochet les ha negado siempre el pan y la sal. Poco más o menos se les ha tachado de asesinos -sí, lo mismo que le gritaron a Aznar desde los escaños de Izquierda Unida unos señores que jamás han empleado ese calificativo para referirse, por ejemplo, a Castro o a Sadam Husein. Y se ha dicho que contribuyeron a legitimar internacionalmente a los golpistas.

Empecemos por esto último, que es lo más absurdo. El Gobierno pinochetista no tuvo legitimación internacional; fue más bien un paria internacional. En cambio, tuvo legitimación nacional. Ahí sí que actuaron los economistas, que con sus reformas liberalizadoras consiguieron que la dictadura tuviese un resultado económico mejor que, sin ir más lejos, el de la vecina Argentina, donde también los gobiernos dictatoriales perpetraron crímenes y a cambio no dieron a sus súbditos un bienestar tan apreciable y sólido como el régimen de Pinochet. Con sus sombras, la gestión económica del dictador fue buena, y algunas reformas cruciales, como la privatización de las pensiones, funcionaron tan bien que los sucesivos gobiernos democráticos las han mantenido.

Pero esto no vale, se nos dice, porque se trataba de una dictadura, y los éxitos económicos no pueden compensar los asesinatos políticos. Si esto es verdad, debería serlo en todos los casos. El usual demonio es Milton Friedman, y su ejemplo conviene para probar la firmeza de quienes así argumentan. Friedman estuvo una vez con Pinochet y, como testimonio una carta incluida en su reciente autobiografía, lo que le dijo al dictador chileno fue que debía contener la inflación, reducir el gasto público y abrir los mercados. Desde entonces es vigorosamente detestado por los progresistas. Tiempo después viajó Friedman a China, y aconsejó a los dictadores comunistas exactamente lo mismo que había recomendado al déspota chileno. Jamás nadie se lo reprochó. Es más, nadie lo sabe y a nadie le importa.

En parte se debe a la hipocresía del pensamiento único, que sólo censura a los economistas que asesoran a dictaduras capitalistas. Esos sí que son siniestros verdugos cómplices del neoliberalismo criminal. En cambio, los que asesoran a Fidel Castro, como hicieron algunos izquierdistas españoles, están cooperando para mejorar el régimen y no se los puede criticar.

Esto ya sería suficiente como para que los despellejadores de los economistas de Pinochet tuvieran más cuidado. Pero es que en el caso de España su crítica es sencillamente increíble y tiene que ver con la evaluación selectiva del pasado que denuncié hace poco en esta misma página -véase «Asimetrías hispanoargentinas», 29 agosto 2003. En este bendito país nuestro hubo una importante generación de economistas que hicieron en los años cincuenta y sesenta lo mismo que los economistas de Pinochet, a saber, colaborar con un gobierno dictatorial para mejorar su política económica, impulsándola hacia una mayor apertura y liberalización, con el mismo resultado que en Chile: nuestra economía mejoró marcadamente a partir de finales de la década de 1950.

Y estos economistas son cálidamente saludados en España, creo que con razón. A nadie se le ocurre exigir que se autocrítiquen ni pedirles cuentas por haber sido copartícipes de un régimen autoritario. Al contrario, alabamos su talento por haber reorientado la política económica del franquismo en un sentido más liberalizador. Con una manifiesta doble vara de medir hay quienes

aplauden a esa generación de economistas españoles pero condenan sin ambages a los economistas chilenos culpándolos de servir a un tirano.